La cabellera negra

Pedro Escamilla

Freeditorial

I

No había en todo el antiguo reino de León una muchacha más linda que Margarita, ni a quien con más idolatría rindiese el tío Santos, su padre, un culto más ciego, una adoración más entusiasta.

Todo lo que voy a referir pasaba hace más de una centuria en un pueblecito enclavado en la Vega, en la orilla izquierda del río Esla: la aldea, para lo que entonces se usaba en España, era de las más coquetonas, y séame permitida la palabra.

Su nombre no hace al caso, la esencia del hecho no ha de ganar ni perder porque os lo revele.

Sólo debo consignar que la casa del tío Santos se elevaba a muy pocos metros del terreno, a la sombra de la torre de la iglesia de San Miguel, como si quisiese buscar la sombra protectora del místico edificio. Cuando la campana sonaba, las espantadas golondrinas que tenían sus nidos en los aleros del tejadillo, iban a refugiarse en la ventana que correspondía a la habitación de Margarita. Todas las mañanas hallaban algunas migas de pan sobre la tierra de dos macetas de caléndulas que extendían sus floridos ramos junto al marco de madera.

Esto quiere decir que las aves y la joven eran muy buenas amigas.

Uno de los adornos que constituían la belleza de ésta, era una hermosísima mata de cabellos, tan negros y tan lustrosos, que cuando los herían los rayos del sol poniente arrojaban reflejos violados.

El tío Santos estaba continuamente demostrando a su hija la necesidad de conservar aquella parte de su belleza, y hasta tal punto llegaba su empeño, que puestos en el fiel de una balanza su fortuna y la cabellera de Margarita, se habría decidido por la última.
Era sin duda un capricho de padre.
Decía de una manera poética, sin saberlo él mismo, que no quería quitar una sola hoja a aquella azucena.
Y la comparación era exacta.
Margarita tenía la blancura mate de aquella flor; sus ojos, rodeados de sedosas pestañas, lanzaban reflejos de alegría cuando se fijaban en su padre; su boca sonreía como una alborada de mayo, y aquel magnífico busto destacaba su contorno árabe entre las negras ondulaciones de sus cabellos, que a veces le cubrían el cuello y la espalda como un manto de terciopelo.
Siendo niña, su padre la llevó a León una mañana; iba alegre y risueño: cuando regresó por la tarde venía triste y meditabundo.
Se observó en la aldea que desde aquel día empezó a cuidar con una vertiginosa solicitud la cabellera de su hija.

II

A todo esto, Margarita contaba ya dieciocho años.
No hay muchacha que a su edad no haya soñado, a lo menos media docena de veces, con un marido, por mucha que sea su inocencia, y por muy retraída que viva.
Las aves buscan sus compañeras; las flores están enamoradas del sol, y según la leyenda árabe, las torres de Medina, la ciudad santa, buscan de noche con empeño los rayos de la luna, a quienes confían sus secretos.
Margarita había hecho un descubrimiento.
Amaba a Baltasar, que era un muchacho próximamente de su edad, colorado como una manzana, y rubio como un haz de espigas; pero tan pobre como los mendigos que impetran la caridad a las puertas de las iglesias.
No había que pensar en hacerle su marido, porque el tío Santos soñaba con un emperador para su hija; un príncipe le parecía poco, y Baltasar no tenía nada de lo uno ni de lo otro.
A fuerza de bailar en la plaza y de encontrarse en todas partes, los jóvenes habían acabado por confesarse un mutuo cariño, y las escasas esperanzas de que éste llegara algún día a dar que hacer al señor cura de San Miguel.
De todo esto resultaba que Margarita se iba quedando más pálida cada vez, y que el pobre mozo iba perdiendo un cuarterón de peso cada día, próximamente

una arroba al mes; de modo que continuando aquella progresión descendente, llegaría el caso de no poder salir al campo, temiendo que la más leve brisa le hubiera conducido a lejanas regiones lo mismo que un puñado de paja.
El amor no satisfecho es la Cuaresma de los amantes; cuanto más se aproxima uno a Macías es menor el peso específico del individuo.
Además de esto, Baltasar tenía que luchar con un rival poderoso; una especie de hidalgo que se comía sus rentas en León, distribuyendo su tiempo entre la caza y los caballos. Hasta que después de haber visto a Margarita convino consigo mismo en que los ejercicios venatorios no compensan el tiempo que se puede pasar al lado de una muchacha bonita.
Juan Solís comprendió a la primera ojeada el terreno que pisaba, y sin andarse por las ramas, se dirigió a la cabeza, como vulgarmente se dice, espetando al tío Santos esta especie de memorial:
—Tengo veinticinco años y novecientos ducados de renta, lo cual bien da para que un hombre mantenga sus obligaciones con holgura, y pueda comprar a su mujer una bonita sarta de corales con remate y cruz de oro; la soledad me aburre y deseo casarme; estoy enamorado de Margarita, y creo que ni a ella le vendría mal un marido como yo, ni a vos un yerno de tales condiciones.
—Se proveerá —contestó el tío Santos—, es decir, yo exploraré la voluntad de la niña, y si ella accede, podéis contar con mi consentimiento, puesto que estoy decidido a no violentar su gusto. Lo que sí os encargo y exijo, en el caso probable de que acepte vuestra mano, es que cuidéis su cabellera como un verdadero tesoro.

III

Margarita había pedido al tío Santos un plazo para decidirse, por más que ella lo estuviera ya por Baltasar.
No obstante, aquel era un asunto para el que se necesitaba mucha reflexión y cordura, por las circunstancias especiales en que unos y otros se encontraban.
Aquella unión era la salvación de su padre.
Dos años seguidos de malas cosechas habían reducido su modesta fortuna a un guarismo desconsolador.
Muchas veces en mis paseos por el campo, me he detenido ante un labrador que en medio de sus trigos, ya granados, mira con angustia una nubecilla parda que apenas apunta en el horizonte, lo mismo que el capitán de un buque con el anteojo en la mano, quiere arrancar al abismo sus secretos.
Aquella nube imperceptible que mira con afán puede anular en un cuarto de hora sus desvelos durante el año, puede reducirle en un momento a la miseria.

Algo de esto le había pasado a Santos.
A la sazón estaba arruinado; la desgracia le oprimía entre sus sangrientas garras, y más que por él lo sentía por la pobre Margarita, cuya dote había desaparecido como una arista que arranca el viento de la montaña y a su impulso se pierde en el espacio.
La proposición de Juan Solís no podía venir más a tiempo, y conociendo el cariño que Margarita profesaba a Baltasar, pedía a Dios de todo corazón que la muchacha se decidiese por el primero, único modo de evitar su total ruina, aunque como él mismo había asegurado, no llegaría nunca a torcer la voluntad de su hija.
Baltasar, que era tan honrado como pobre, comprendió esto mismo; sabía que su amada estaba en un terrible compromiso, teniendo que optar entre la miseria a su lado o la salvación de la casa de su padre al lado de Juan Solís.
En su mano estaba el evitarlo todo; se trataba de un gran sacrificio que devolvería su libertad de acción a Margarita.
El corazón de un aldeano es tan susceptible de una acción heroica como el de otro cualquiera, y Baltasar, aunque amaba más que nunca a la doncella, se tornó de la noche a la mañana el hombre más calavera del mundo.
Festejaba públicamente a cuantas muchachas encontraba en su camino, y cuatro o cinco veces se presentó completamente borracho al pie de la ventana de Margarita, donde le hablaba por la noche.
En una ocasión llegó, viendo que tras de los tiestos de caléndulas no brillaba el agraciado semblante de la niña: la ventana estaba cerrada.
El pobre mozo dio un suspiro, exclamando tristemente:
—¡Todo ha concluido entre ella y yo! Esta noche triunfará ese maldito Juan Solís… ¿Por qué yo no he de tener una fortuna igual a la suya?
Y no se equivocaba, ciertamente, el infeliz.
En vista de su desarreglada conducta, Margarita hizo saber a su padre que estaba dispuesta a ser de Juan Solís.
Los preparativos de la boda empezaron desde aquel día: sólo que al ver el ademán triste y meditabundo de Margarita parecía que se trataba de arreglar sus propios funerales.

IV

Nunca os encareceré lo bastante la devoción a la Santísima Virgen María. Hay escritos y no escritos multitud de ejemplos, que prueban de un modo incontestable lo mucho que debemos fiar en su protección en todos los actos de la vida, especialmente en aquellos que por circunstancias determinadas

pueden ejercer una gran influencia en nuestro porvenir.
Como a un tiro de cañón de la aldea donde han pasado los acontecimientos que os refiero, hay en la actualidad una pared de tierra, dentellada y cubierta de ese musgo sombrío de las ruinas.
Es lo que queda en la actualidad de un santuario que bajo la advocación de Nuestra Señora del Socorro había en la época a que me refiero.
En una casita, blanqueada con cal, coronada por un caballete donde había un esquilón que se tañía por medio de una cuerda de cáñamo, rematando todo esto en una cruz de hierro con su correspondiente veleta.
Abiertas siempre las cuatro ventanas que flanqueaban las paredes del edificio, daban entrada al sol y a las golondrinas, esos alegres huéspedes de las aldeas, que tienen el envidiable privilegio de difundir la alegría por todas partes.
El interior, que constaba de un solo cuerpo, no tenía más que un altar de madera de talla, sin dorados ni colorines, sobre el que se veía un lienzo medianamente estropeado y pintado por una mano fatalmente inexperta en el arte que inmortalizó a Murillo y Rafael: representaba, al decir de las gentes, la efigie de Nuestra Señora del Socorro, a quien la aldea dedicaba una solemne función el día 8 de setiembre.
La ermita estaba rodeada de grupos de tilos y castaños, y sobre el montante de la puerta de entrada, franco de día y de noche, los apiñados pámpanos de una parra secular prestaban una apacible sombra en el estío.
Era una noche de junio plácida y tranquila: las estrellas apiñadas en el alto firmamento se aprovechaban del cuarto menguante de la luna para brillar mejor, y la brisa suave y perfumada agitaba blandamente la veleta en su eje de hierro, las hojas de los árboles y la cuerda de la campana, produciendo todo esto un ruido indefinible y misterioso que apenas turbaba ni interrumpía el silencio que reinaba por todas partes.
La puerta del santuario, abierta como os he dicho, presentaba una masa oscura, una profunda tiniebla, en cuyo fondo había un punto luminoso, la lámpara que lucía anta la imagen difundiendo su opaca claridad en un círculo muy reducido.
No obstante, fijando un poco la atención, se echaba de ver un objeto informe que se movía y oscilaba, y en algunos intervalos se oía un rumor parecido a un sollozo.
Y sollozos eran efectivamente, lanzados por la pobre Margarita, que viendo próximo el día de su boda, y más que nunca enamorada de Baltasar, había ido a orar ante la Virgen y a hacerle un voto.
Así como por lo general de día suben las plegarias acompasadas por el humo del incienso, de noche salen de los labios entre el vapor de las lágrimas, riego que fertiliza a estas místicas flores.

V

Margarita decía:
—Santa Virgen del Socorro, dígnate atender mi súplica, que de ninguna manera se rebela contra los preceptos de tu hijo. Haz que yo pueda unirme a Baltasar, y hago voto solemne de darte… ¡ah!, ¿qué puedo yo darte, Madre mía, siendo tan pobre como soy?… No obstante, aún poseo una cosa que dicen que vale algo… una cosa que yo cuido, porque mi padre estima: sí, Santísima Virgen, yo hago voto de depositar en tu altar mi negra cabellera si mi boda con Juan Solís se deshace, y me caso con el elegido de mi corazón, procurando entre los dos el bienestar de mi padre: yo misma pondré esta mata de cabellos sobre tu humilde altar, con una libra de cera, para que en la noche de mi boda la claridad de tu santuario anuncie desde lejos tu gloria.

VI

Margarita hizo este voto, porque ignoraba una circunstancia extraña, relacionada con su hermosa cabellera.
Ya sabéis que su padre partió a León con ella cuando contaba muy pocos años; que salió de la aldea alegre y risueño, regresando triste y meditabundo, siendo aquella la época desde la cual databa su prolijo y casi meticuloso cuidado por los cabellos de Margarita.
Esto era en sus buenos tiempos: creo que había ido a la ciudad a comprarle una saya nueva y una sarta de coral para la festividad de la Virgen.
La saya no existía ya; en cuanto al collar, se había vendido largo tiempo hacía, sin duda para comprar pan.
Ello es que al salir por una de las puertas de la ciudad, recostada en uno de los pilares del puente de Castro, vieron a una vieja entre mendiga y gitana, que envuelta tristemente en sus harapos abigarrados, impetraba la caridad, extendiendo hacia el transeúnte una mano descarnada y sucia, sobre la cual se arrugaba la piel al calor de los muchos años, que la hacían encorvar el tallo y bajar la cabeza lo mismo que las centurias abaten la poblada y antes orgullosa copa de la encina.
Santos quiso que aquella pobre mujer tomase parte en su felicidad y, sacando una moneda de plata, se la entregó a la mendiga.
—¡Dios os lo premie, mi buen señor! —dijo esta con el tono gangoso y plañidero que han usado y usan todos los mendigos del mundo.
Después, fijándose en Margarita, que la miraba con el terror que inspiran en los niños los harapos, exclamó:

—¡El cielo derrame sus bendiciones sobre tan linda criatura!… ¡Válgame el Señor y qué mata de cabello tan hermosísima!… ¡Es una maravilla!
Santos se sonrió, pudiendo apenas contener el gozo que le embargaba; en cuanto a la mendiga, prosiguió:
—Daría de buena gana un beso a esa niña, si no fuera mejor evitaros el espectáculo repugnante de una oruga durmiendo sobre una flor.
—Vamos, buena mujer, besadla; yo os lo permito.
—No, no… —dijo Margarita escondiendo el rostro entre sus manos.
—Ya veis que esa niña sabe más que vos y yo… no quiere que la bese, y hace bien… soy vieja y sucia… ¡Cómo ha de ser!
Santos puso término a tan singular episodio asiendo a la niña de la mano y alejándose de aquel sitio.
Pero apenas había dado unos cuantos pasos, cuando sintió rumor de pisadas sobre la arena; volvió la cabeza y vio a la vieja que, jadeante, procuraba ganar la distancia perdida.
—¿Creerá que es falsa la moneda que le he dado? —pensó Santos interiormente.
No tardó mucho en salir de la duda, oyendo que aquella mujer le decía con singular entonación:
—Mi buen señor, pudiera suceder que el destino de esa niña estuviera ligado a sus negros cabellos; de tal modo, que al perderlos por cualquier accidente imprevisto, tenga que lamentar alguna desgracia.
—¿Qué decís, buena mujer? —exclamó el tío Santos.
Yo entiendo algo de nigromancia y horóscopo… y os encargo, por vuestro bien y por el de tan linda criatura, que cuidéis tanto como podáis ese hermoso adorno de su sexo, porque el día que lo pierda, vos y ella tendréis que derramar muchas lágrimas.
—¡Está loca! —murmuró Santos alejándose apresurado; mientras, la mendiga refunfuñaba a media voz:
—Peor… peor para él que no me haga caso… sé muy bien lo que me digo… yo vaticiné su triste fin a Lucía la del tejedor, y todo vino luego a confirmar mis predicciones… también a Juan Solís…
El viento se llevó sus últimas palabras, que no llegaron a oídos del labrador; este regresó a su aldea y la vieja a su pilar del puente de Castro.

VII

El toque de ánimas doblaba la campana en la torre de la iglesia, cuando Margarita entró en su casa, después de elevar sus plegarias en el santuario de

la Virgen.
¡Válgame Dios, y qué escena tan inesperada suspendió su ánimo, haciéndola dudar de si era sueño o realidad lo que veía!
Entrando en la cocina, a la derecha, había una habitación cuya puerta conducía al huerto.
Santos y Baltasar se ocupaban a la sazón en contar y apilar encima de la mesa un montón de monedas de oro tan extraordinario, que se podía medir por celemines.
La luz de un candil monumental, al quebrarse en aquella masa, arrancaba brillantes reflejos que, como el vino sin duda, tenían el privilegio de trastornar la monta del mancebo, que reía y saltaba alrededor de la mesa como un loco o un poseído.
Al ver a Margarita corrió hacia ella, y asiéndole una mano que la niña no pensaba en retirarle, empezó a decir con extraordinaria volubilidad:
—¡Oh! Ven aquí, esposa mía… porque vas a ser mi esposa… el tío Santos no se opone a ello… yo soy rico, más rico que Juan Solís… ya no hay que pensar en él… ¡Oh! Todo esto es gracioso… los preparativos que se hacían para tu boda con él, servirán para la mía… ¡Dios lo ha querido!… Que se ahorque de un pino ese orgulloso hidalgo… ¡Ay, Margarita mía, cuánto he sufrido!… Yo no he dejado de amarte; aun cuando me veías festejar a las chicas de la aldea, me inspiraban tanto interés como una mata de pimientos… pero era preciso disimular y dejarte libre de mi compromiso… era preciso fingir que venía borracho a hablarte por la noche para que tú me despreciases y pudieras socorrer a tu buen padre casándote con Juan Solís… ¡Valiente chasco se llevará el mancebo!… ¡Cáspita, y cómo me duele la rodilla!… Porque has de saber, Margarita mía, que esta tarde he estado a punto de romperme una pierna… ¡Bendito resbalón… Yo caminaba desesperado y triste por las cuestas de la orilla del río… miraba su corriente, y bien sabe Dios que sentí impulsos de zambullirme en el agua lo mismo que un sapo a fin de encontrarme en el otro mundo el día de tu boda… ¡Qué estúpido es el hombre, a excepción de tu padre, el tío Santos!… Pues bien; he aquí que resbalo y caigo… y al dar con mi cuerpo en tierra, mi rodilla derecha se introduce en un agujero… a veces es muy conveniente tener las rodillas duras… me dan las piedras, el hoyo se ensancha, y caigo en una cueva… miro… miro… aquel sitio estaba empedrado de monedas de oro y barras del mismo metal… esto que aquí ves no es más que una tercera parte de lo que queda… entre tu padre y yo lo sacaremos esta noche sin que nadie lo vea… ¡Ah! Compraremos para el tío Santos el molino y las huertas… daremos también algo a la viuda de Gil Cerezo… la pobre está muy atrasada… ¡Pardiez, que el que guardó allí el dinero, debe estar gozando de la gloria!… ¡Quién había de decirle que iba a servir para la felicidad de este pobre paleto!
Y falto de aliento, Baltasar cayó jadeante sobre una silla, mientras Margarita,

loca de alegría, se acordaba de la Virgen del Socorro, atribuyendo todo aquello a su santa protección.

VIII

Efectivamente, la boda con Juan Solís se desbarató completamente; pero en cambio, todos los planes anteriores formados sirvieron para la de Baltasar.
Llegó el tan suspirado día.
Ya podéis imaginaros si con tanto dinero las cosas se harían bien en la aldea, si habría comilonas y tortas con aguardiente, y danza en la plaza y murmuración.
Sólo que por la tarde todos buscaron a la novia, y la novia no pareció.
Margarita había ido al santuario a cumplir el voto que hiciera a la Virgen, entregándole su magnífica cabellera.
Pero pasó la tarde, y la noche, y nadie daba razón de la muchacha.
Se la buscó escrupulosamente por todas partes en medio de la más viva inquietud.
Y solamente al romper el alba del siguiente día la encontraron camino del santuario con una profunda herida en el cuello y la cabellera cortada.
El pobre Santos, al ver el cadáver de su hija, dio un agudo grito y se llevó ambas manos a la frente, exclamando:
—¡Oh! ¡Se ha cumplido la predicción de la mendiga!… ¡Ha perdido la vida al perder su hermosa cabellera negra!

IX

Ya habrá adivinado el lector que todo aquello era obra del desdeñado Juan Solís.
En cuanto al pobre Baltasar, murió al poco tiempo de un tumor en la rodilla, producido por su caída la misma tarde en que tropezó con el tesoro.

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para obtener más e-Books GRATUITOS visita Freeditorial.com